

Pretexto

Con el deseo insoslayable de participar en este homenaje, pues Guillermo Fatás es mi acreedor y yo su deudora, me permito esta evocación enredada entre lo pasado vivido y el pasado prehistórico. Sé por experiencia que el profesor Fatás es un sabio generoso. Es sabio porque sabe, sabe de lo que habla, comprende, profundiza y divierte, en lejanos tiempos sustituto en cualquier asignatura, le oíamos contar con su habitual entusiasmo las aventuras de Aristogitón y Harmodio y era como si estuviéramos allí. Y es generoso, siempre comunica, sin guardar para sí la noticia que pueda concernir a sus colegas; cuando aún no se estilaba, los alumnos éramos citados como colaboradores en sus excavaciones y fui instituida subdirectora de la excavación que buscaba la ubicación de la Salduie de los sedetanos, a los que colocó en el mapa, como

confirmó a los suessetanos, pues Guillermo Fatás, pionero, escribió la primera Historia Antigua de Zaragoza, en la frontera prehistórica, según la convencional distinción.

Con esos elementos y subjetivismo confeso, buscando el nexo con mi dedicación prehistórico-funeraria, y como todas las muertes del pasado (el que no hemos conocido) se

funden en la lejanía como si no hubieran dolido, aprovecho para glosar de algún modo la fascinante estela de Luna, importante villa en tierra de suessetanos, que él mismo nos reveló.¹

EL SABIO GENEROSO EN LA ESTELA DE LUNA

María Teresa Andrés Rupérez

UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Estudios

Esta pieza única ha sido descrita, datada, medida y relacionada, casi siempre incluida en el *corpus* de las estelas del sudoeste ibérico de las que los trabajos fundacionales y generales son de Almagro (1966), Galán (1993), Celestino (1990 y 2001) y Harrison (2004);² otros estudios hay específicamente dedicados a los dos únicos

1 FATÁS, G.: «Una estela de guerrero con escudo escotado en V aparecida en las Cinco Villas de Aragón», *Pyrenae*, 11 (1975), pp. 165-169. La estela fue depositada en el Museo de Zaragoza por D. Antonio Pérez Labarta.

2 ALMAGRO BASCH, M.: «Las estelas decoradas del suroeste peninsular», *B.P.H.*, 8 (1966), pp. 86 y ss.; GALÁN, E.: «Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del suroeste de la Península Ibérica», *Complutum*, extra 3 (1993), pp. 15-110; CELESTINO, S.: «Las estelas decoradas del suroeste peninsular», *La cultura tartésica y Extremadura. Cuadernos Emeritenses*, 2 (1990), pp. 45-62, y *Estelas de guerrero y estelas diademas: la precolonización y formación del mundo tartésico*, Barcelona, Bellaterra, 2001; HARRISON, R.: *Symbols and Warriors. Images of the European Bronze Age*, Bristol, Western Academic & Specialist Press Limited, 2004.

motivos que ostenta, los de Bendala,³ y Mederos;⁴ o enfocando problemas concretos y preguntas nuevas, o importantes en historiografía y posibilidades interpretativas, el de Galán;⁵ y otros, ejemplo metodológico de estudio contextual, espacial, social e ideológico, como el de García Sanjuán y otros.⁶

Centrado en este monumento y en su espacio, F. Beltrán⁷ nos recuerda que nunca han sido las Cinco Villas comarca cerrada sobre sí misma; la geografía lo predica con el Ebro y sus afluentes, grandes caminos de acceso como acreditan los hallazgos, al menos desde final del Neolítico en que parece movilizarse toda Europa⁸ en cuerpo y en espíritu con una nueva religión.

La cronología siempre problemática de este tipo de monolitos, exentos y sin contexto, fluctúa nada menos que entre los siglos XIV y III a. E., cuestión ahora irrelevante. Ciertamente la estela de Luna tiene contradictorios rasgos cronológicos: unos la piensan reciente dentro del margen asignado a estas piezas: la perfección del trazado, la elegante simplicidad, las cuerdas de la lira, cuyo número apoya otras veces cronología más antigua...; el espíritu guerrero que evoca remite a fechas más arcanas, de la segunda parte del Bronce Final, al tiempo que su silueta antropomorfa la remonta a la tradición aún más antigua de los belicosos calcolíticos.

Tanto puede ser el modelo (previo) o el colofón (sublimación) de las demás estelas, entre el sur de Francia y Extremadura, pero es la mejor de todas. Es sintética y armónica, elegante y simbólica; todo lo sugiere: lo humano, el mito y la sabiduría. Tiene algo que ocupa el terreno inefable del arte; el artista no evitó otros elementos por torpeza, prisa o economía, lo representado es perfecto y equilibrado, lo que está, está porque así se quiso y lo que falta no era necesario; el escudo y la lira dicen lo suficiente.

Símbolos

Son la síntesis de la vida y la muerte, de Ares y Orfeo. La máxima concentración de significados confluye en la forma y la función del escudo en todas las culturas que lo utilizaron; Chevalier y Gheerbrant⁹ mencionan su valor universal, su forma circular símbolo del todo, *como si el guerrero*

3 BENDALA, M.: «Reflexiones sobre los escudos de las estelas tartésicas», *Boletín de la Asociación de Amigos de la Arqueología*, 23 (1987), pp. 12-17, reclama la atención sobre la constancia y especial significación del escudo. También se ocupó de la lira: BENDALA, M.: «En torno al instrumento musical de la estela de Luna (Zaragoza)», *Homenaje al profesor Martín Almagro Basch*, vol. II, Madrid, Ministerio de Cultura, 1983, pp. 141-146.

4 MEDEROS, A.: «Representaciones de liras en las estelas decoradas del Bronce Final de la Península Ibérica», *CuPAUAM*, 23 (1996), pp. 114-123.

5 GALÁN, E.: *Las estelas del suroeste: ¿historias de gentiles damas y poderosos guerreros?*, es.scribd.com/doc/75475098/Galan-Eduardo-Las-estelas-del-suroeste-historias-de-gentiles-damas-y-oderosos-guerreros.

6 GARCÍA SANJUÁN, L. / WHEATLEY, D.W. / FÁBREGA ÁLVAREZ, P. / HERNÁNDEZ ARRENDO, M.J. / POLVORINES DEL RÍO, A.: «Las estelas de guerrero de Almadén de la Plata (Sevilla). Morfología, tecnología y contexto», *T.P.*, 63:2 (2006), pp. 135-152.

7 BELTRÁN LLORIS, F.: «Valpalmas en la Antigüedad», en *Valpalmas*, Zaragoza, Diputación Provincial de Zaragoza, 1999, pp. 65-75, y «La Muerte y la Memoria», en *Guía de visitas. Centro Cultural Ramón y Cajal de Valpalmas*, Zaragoza, Diputación de Zaragoza / Ayuntamiento de Valpalmas, 2004, pp. 73-78. En el último título destaca Beltrán, en justa descripción, el cuidado de las representaciones y la composición *equilibrada, ordenada y sobria frente al abigarramiento y proliferación de objetos que caracterizan a muchas de las estelas sudoccidentales*.

8 La efervescencia causada quizá por crisis demográfica o falta de recursos, se manifiesta en la cuenca del Ebro con notable densidad de enterramientos múltiples simultáneos (tipo *fosca común*). En Sariñena y el Bajo Aragón en vías afluentes, y en Navarra, La Rioja y Álava pegadas a la ruta ascendente del gran río, pueden contarse hasta cinco seguras y otras dos probables.

9 CHEVALIER, J. / GHEERBRANT, A.: *Diccionario de los símbolos*, Barcelona, Herder, 1988, p. 467.

que lo llevara opusiera el cosmos a su adversario, es todo lo que protege. Las representaciones que contiene le añaden significados; relatan estos autores como ejemplo máximo las que porta el escudo que Hefaiostos hizo para Aquiles, entre ellas *un divino aedo que canta acompañándose con la cítara y por último la poderosa corriente del río Océano, en la orla del sólido escudo*, dos elementos que convienen adecuadamente a la estela de Luna.

Es el escudo más bello de los representados en las estelas, y más que describir la muerte física de su portador (figurada en contextos funerarios del Bronce Final con la inutilización de las armas en objetos exentos o la representación de lanzas invertidas y escudos vistos por el reverso, habitual en las estelas extremeñas, además de caídos flácidos), sublima el valor apotropaico y simboliza el ámbito de vida y gloria heroica que los relatos míticos transmiten.

En cuanto a su más que clara escotadura en V, es tema reiterado de opinión desde la obra de Almagro de 1966, preocupando, sobre todo, su relación con el motivo en U que ostentan escudos de otras latitudes europeas. Nos limitaremos a reconocer que no son lo mismo y que no han de derivar uno de otra u otra de uno, ni establecer entre ellos una dependencia cultural y cronológica como algunos especialistas pretenden¹⁰ en inexplicable intento de amalgamar la escotadura, posible elemento funcional, con el *motivo en U* que ya en 1928 J. Déchelette¹¹ definió como símbolo esquemático de la barca solar, simplificación del prototipo de un *mitograma* que la asociaba con aves acuáticas y símbolos solares, plasmado en piezas de armamento y calderos de los ricos depósitos y sepulturas del Bronce Final; no es rechazable que ambos *diseños* pudieran llegar a tener alguna relación, pero en principio uno sería práctico (real) y el otro alegórico.



fig. 1. Estela de Luna (fot. Museo de Zaragoza).

¹⁰ Véase BLÁZQUEZ, J.M.: «Los escudos con escotadura en V y la presencia fenicia en la costa atlántica y en el interior de la Península Ibérica», *Veleia*, 2-3 (1987), pp. 469-497.

¹¹ DÉCHELETTE, J.: *Manuel d'Archéologie Préhistorique et Celtique. 2: l'Age du bronze*, Paris, Picard, 1987 (reimpr. de la ed. de 1928), pp. 438-439.

El otro gran elemento es la lira. Para los griegos fue inventada por Hermes o por Polinia, y aunque no fuera así (pues a pesar de muchos helenistas, el tiempo humano no empieza en y con Grecia), con la leyenda reconocen su antiguo origen en la noche de los tiempos. Símbolo de Orfeo y los poetas, Chevalier y Gheerbrant la afirman como el instrumento de la armonía cósmica y añaden que las siete cuerdas corresponden a los siete planetas y cuando su número se eleva a doce se quiere ver la correspondencia con los signos del Zodíaco.

El último elemento que podría tener un valor simbólico en esta escueta obra es el zigzag que bordea el escudo, también único en estas piezas; diseño geométrico misterioso por elemental, su fácil trazado lo relega a motivo decorativo, pero suponemos que en la prehistoria puede ser varias cosas, silueta de montaña (base gráfica de su jeroglífico pre-fonético, pues siempre estos signos son lenguaje), o bien símbolo de agua como las ondulaciones y espirales del Bronce Medio, pero en versión quebrada y simplificada característica del estilo hallstático del Bronce Final.

Precedentes

No parece útil rastrear precursores a los pilones conmemorativos, elementales y universales, pero aludiremos a ciertas coincidencias iconográficas que, aunque lejanas en el tiempo para afirmar su relación directa, sí muestran su constancia y el probable inicio de la veneración del guerrero. Son las estelas que en el Calcolítico europeo se extienden desde el Cáucaso al Atlántico, exentas o rupestres. Las más bellas y abundantes, las de estaciones alpinas como la suiza Sion, muestran la importancia de los atributos bélicos en un simbolismo casi abstracto que se limita a esbozar la forma humana, pero se detiene en la minucia de las ropas, adornos y armas (las de la época: hachas, alabardas, arcos y flechas), expresión relevante de funciones precisas no sabemos si de un individuo o una divinidad, pero que sugieren la idea del poder y la gloria más que de la muerte.¹² Y son más misteriosas por su ausencia en el Bronce, cuando, sin embargo, abunda la circulación del rico armamento guerrero por Europa.

Merece cita un posible antecedente calcolítico de la estela de Luna, por proximidad geográfica y hasta decorativa: el venturoso menhir de Soalar, en el norte de Navarra, que sirvió de soporte a una canasta de baloncesto. Por fortuna fue rescatado y goza de un excelente estudio.¹³ Su silueta antropomorfa, la posible representación de un escudo y el zigzag que lo rebordea (aunque ubicuo y atemporal) nos lo hacen muy próximo, no solo como elemental modelo físico, sino como prueba de la preexistencia de una organización social que venera al que ejerce el poder y prestigia a la comunidad como jefe guerrero, defensor y factor de la prosperidad, monopolizador de los intercambios, según la hipótesis al uso, refrendada en la opinión de Bueno, Balbín y Barroso¹⁴ al explicar en su modélico análisis la presencia y función de la estela de Soalar, para la que además encuentran razones económicas que la justifican, y que vienen a ser las mismas que nos sirven para la de Luna, la cual pudo ser la primera que retoma este modo de representación, también en el antropomorfo

¹² Tan minuciosa imagen de una costosa vestidura reflejo de su jerarquía ostenta el personaje de la estela de Ategua, aquí interpretada como coraza, aunque más bien parece un lujo ceremonial que incluye un círculo partido en cuatro, referente simbólico solar que prolifera en el Bronce Final. En todo caso, con simbolismo suficiente, estas estelas glorifican al personaje.

¹³ BUENO, P. / BALBÍN, R. de / BARROSO, R.: «La estela armada de Soalar. Valle de Baztán (Navarra)», *Trabajos de Arqueología Navarra*, 18 (2005), pp. 5-39.

¹⁴ *Ibidem*, n. 9, p. 31: *Una parte de la historiografía europea sitúa el campaniforme como definidor de la individualización. Sería su presencia en ricos ajuares asociados a individuos adultos masculinos, la expresión de la ascensión social de los guerreros que constituyeron la clase dominante de la Edad del Bronce.*

fismo del soporte, sobre el que podríamos preguntarnos si fue reutilizado, preexistente a la grabación de los motivos que ostenta.

Explicación

Es extraña su ubicación interior, algo marginada del eje central y en una ruta lateral desde el Ebro; no se adivina a simple vista qué trasiego de materias primas de intercambio pudieran propiciar la presencia de objetos tan excepcionales como la lira y de artesanos tan conocedores y finos en su plasmación. Pero la población de estas zonas de la vertiente sur de los Pirineos y sus somontanos pudo ser abundante, y aunque no podamos trazar los mecanismos de sus relaciones, ya desde antes, como el menhir de Soalar pregona, se aprecian niveles de organización social que superan los escuetos lazos familiares y aldeanos.

La ocupación de la Edad del Bronce en las Cinco Villas debió ser densa; no se mencionan poblados, pero sí humildes y abundantes hallazgos de útiles de piedra desde el Neolítico relativos a trabajos de las tierras y deforestación a favor de la extensión ganadera.¹⁵ En la Navarra limítrofe y el entorno de Borja, ha señalado Sesma abundantes puntos de población, no dispersa de núcleos aislados, sino aglomeraciones de yacimientos entre las que cita Ejea de los Caballeros; son asentamientos plenamente estables, con sencillas estructuras de habitación, autosuficientes por la diversidad de sus tareas: agricultura, ganadería, actividades textiles e incluso metalurgia,¹⁶ posible esta desde el Calcolítico y más evidente en el Bronce por la presencia de depósitos de piezas como el de La Valchica con 21 hachas planas de bronce, localizado en una terraza del río Arba.¹⁷ En la sierra de Santo Domingo se explotaron minerales de cobre, sobre todo en la localidad de Biel, en la cabecera del barranco del Arba cuyo curso se abre aguas abajo, justo donde se sitúa Luna, en buena posición para el comercio.



fig. 2. Menhir de Soalar (seg. BUENO, BALBÍN y BARROSO).

15 CABELLO, J.: «La Prehistoria», *Guía de visitas. Centro cultural Ramón y Cajal de Valpalmas, Zaragoza*, Diputación de Zaragoza / Ayuntamiento de Valpalmas, 2004, pp. 43-51.

16 SESMA, J.: «Diversidad y complejidad: poblamiento de Navarra en la Edad del Bronce», *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 3 (1995), pp. 147-184. Sesma señala que sin ser una zona muy rica en minerales cupríferos es posible localizar afloramientos aprovechables a lo largo de los siglos, y con referencia a la Navarra Media, concreta: *Se han detectado afloraciones de carbonatos y cobres grises además de mineralizaciones de plomo y zinc. Si bien han sido explotadas fundamentalmente en su prolongación hacia la zona aragonesa (minas de Biel).*

17 LANZAROTE, M.P. / RAMÓN, N. / REY, J.: *La Prehistoria reciente en las Cinco Villas. Del Neolítico a la Edad del Bronce*, Zaragoza, Centro de Estudios de las Cinco Villas, 1991.

Con estos datos podemos aplicar a nuestro caso la explicación habitual para los signos de jerarquización en la prehistoria reciente y que se predica también para las estelas del sudoeste ibérico: se trataría de una sociedad elitista de pequeñas comunidades cuyos jefes ejercen el papel de intermediarios entre los productos del interior peninsular y los demandantes protocolonizadores de la costa, trasiego comercial que en el caso de las estelas extremeñas preconiza la *Vía de la Plata* y explica la presencia de objetos exóticos, todo en el contexto de la *orientalización*, ya activa desde antes del supuesto siglo VIII.

La estela de Luna sería prueba del acceso externo, los estímulos mediterráneos a los que atribuyó Fatás su causa y que debieron tener correspondencia en la demanda de materiales especiales, sobre todo metalúrgicos, sin olvidar otros de difícil rastreo arqueológico pero básicos en el desarrollo endógeno de la zona y que proporcionarían materias de intercambio; así, es inevitable referirse en estos pagos a las rutas pastoriles, los ganados ovino y vacuno pudieron dar de sí para generar puntos de poder y control por parte de algunos jefes. Por eso extraña que no se conozcan en muy amplias zonas próximas más indicios de ápices de control jerárquico de una elite local intermedia característica de las *economías de prestigio*, como sí ocurre en el sur peninsular, pues debieron abundar en las poblaciones de las Bardenas los excedentes agrícolas y ganaderos, por eso el metal de la zona de Luna sigue siendo el producto excepcional que justifica la estela.

Supuesta la causa económica, a la función social cumplida por este desconocido *príncipe* le caben la identidad del guerrero, el simbolismo territorial, la heroización y hasta el evergetismo, actividad muy adecuada para los detentadores de los intercambios y, sin duda, existente antes de que tuviera nombre griego, una servidumbre a la que añadir también el clientelismo. Este razonable tópico jerárquico y hasta sacerdotal acompaña a los vestigios de una elite que deja en la más oscura sombra a la mayor parte de las poblaciones europeas.

La exaltación del guerrero es una de las evidencias más claras en el registro arqueológico; analogías etnográficas confirman la práctica endémica de la guerra, un medio de control demográfico, solución penosa que como tantas otras desde la prehistoria se ritualiza para justificarla.¹⁸ La identidad del guerrero se pudo reconocer socialmente entre pueblos depredadores, pero es más clara en la prehistoria avanzada: visible desde el Neolítico Final en las tumbas de las hachas de combate, hay desde el Calcolítico pruebas materiales de su estima, y es singularmente notable en el Bronce Final asociada al ritual incinerador. R. Harrison, al analizar la iconografía de las estelas extremeñas, destaca en ellas la expresión visual de la ideología, los códigos compartidos en la elección de los motivos figurados que son como *un lenguaje icónico del poder*, que sugieren la distinción de matices ideológicos y en las estelas extremeñas se refieren a la masculinidad y las cualidades marciales, un *código estructurado* guerrero.¹⁹

Se desconoce la naturaleza real de la actividad bélica imputada a las gentes de los CC. UU., quizá cierta en la crisis de la primera fase del Bronce Final, pero el rico equipamiento guerrero, en depósitos, tumbas y estelas, corresponde a la segunda y parece una exhibición del poder asentado de las elites más que la práctica activa de la guerra. Estos depósitos transmiten la relevancia social de unos personajes que cifran su prestigio en el manejo de las armas, aristocracia dirigente acaso de una tropa de subordinados, o amantes de juegos bélicos que pudieron expresarse en combates rituales. En Luna late la simbología de estas tradiciones, el escudo del jefe es el protector de la comunidad,

¹⁸ Un adecuado ejemplo es la práctica del *Ver Sacrum*, como lo describe y analiza MARCO, F.: «Velut ver sacrum'. La *Iuventus* céltica y la mística del centro», en MYRO, M^aM., y otros (eds.): *Las edades de la dependencia*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2000, pp. 349-362.

¹⁹ HARRISON, R.: *Symbols and Warriors...*, op. cit., pp. 52 y ss., 74-75 y 83-84.

pero no hace falta que él se pase la vida guerreando, al menos no este, que quiso disponer otro símbolo que sugiere afanes bien distintos, la lira, tan importante como el escudo.

Elevar la práctica guerrera del jefe responsable de la comunidad a dignidad heroica es un paso más del proceso elemental que desde la competición por la supervivencia, se hace poder controlado y regulado, forja una particular conciencia entre los componentes del grupo guerrero y es factor de prestigio máximo. Tras la abundante simbología calcolítica que además de la misteriosa divinidad de ojos omniscientes dibuja las armas con fruición, el Bronce transcurre mudo, reacio en apariencia a manifestar sus creencias, solo al final surge un nuevo simbolismo, emblema de otra religión en la que confluyen dos parámetros que dejan huella material: la incineración, un ritual heroico por el ascenso al éter con el humo de la pira junto a las aves psicopompas, y la veneración del guerrero que sugiere, ya con el apoyo de los relatos míticos, la categoría de héroes para ciertos personajes.

La heroización es un fenómeno algo tardío, definido para la Grecia de fines del Geométrico y relacionado con la formación de las ciudades; hoy diríamos la construcción de la identidad ciudadana. El culto a los héroes florece en Grecia en el siglo VIII; para C. Bérard²⁰ el héroe es el sustituto del príncipe y un medio para que la sociedad asimile el cambio de su organización. Así lo apoyan los relatos míticos del origen. Ciertas tumbas europeas se asemejan a los *heroa* griegos y por ello se acepta la posibilidad de que sus ocupantes gozaran de similar honor. Los parámetros de la heroización griega tienen poco que ver con lo que sabemos del jefe de Luna, pero es admisible que gozara de una veneración semejante a la de otros héroes europeos.

Ignoramos si estos poseedores de la riqueza y las armas referían su linaje a la radicación en un lugar más que a ancestrales lazos tribales, que ya en estas épocas pudieron subordinarse a alianzas y tratados con otras comunidades. Pero siendo más que probable que la estela sea un elemento funerario, encaja en la función que los muertos excepcionales cumplen en relación con la posesión del territorio, probada en fuentes escritas de la Antigüedad²¹ y, desde que se aplicó a los dólmenes, supuesta hoy sin rubor y en buena lógica para todo monumento funerario. Así es la imagen adecuada y posible de nuestro personaje: ancestro epónimo, guerrero real o potencial, necesario para la sociedad. Atributos de indole heroica que se plasman de forma más expresiva en nuestras estelas que en las ricas panoplias de depósitos y tumbas europeas.

Conclusión

Al actor buscado le cuadran los intuitivos tópicos que se acaban de desgranar válidos para estos vestigios y época: héroe, sacerdote y pastor. Sintetiza, si se quiere, la *elemental* trifuncionalidad mal llamada indoeuropea: el hombre en su misma forma, el oficio guerrero y el espiritual. También resume el todo, la historia y la poesía, el que ve y el que crea. Mientras las demás estelas son soporte de una narración de la muerte, evidente en Solana de las Cabañas, la de Luna es más que metonimia, metáfora de toda una vida.

No parece belicoso nuestro héroe, pudo ser guerrero, pero quizá el escudo figura por tradición o simbolismo, pues la presencia de la lira lo trastoca todo. ¿De dónde le vino al pastor la idea? Este

20 BÉRARD, C.: «Recuperer la mort du prince: Heroisation et formation de la cité», en GNOLI, G. / VERNANT, J.P. (eds.): *La mort, les morts dans les sociétés anciennes*, Cambridge / Paris, Cambridge University Press / Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1982, pp. 89-105.

21 Muy interesante, por ejemplo, HARTOG, F.: «La mort de l'autre: les funérailles des rois scythes», en GNOLI, G. / VERNANT, J.P. (eds.): *La mort, les morts...*, *op. cit.*, pp. 143-154, que desarrolla puntos relativos a la identidad, a la muerte como signo de alteridad, operador de la diferencia, y al héroe como figura metonímica del territorio.

antepasado suesetano, advenedizo adorador de Orfeo, pudo viajar hasta el extremo del Oriente, navegar con Jasón y traer la lira, un objeto mágico; pudo proceder de lejos y se instaló entre los autóctonos con su superior conocimiento, o pudo recibir en su corte a exóticos viajeros; sea como fuere, ya jefe prestigioso y respetado grabó en la lápida el objeto venerado, retrato de su alma que haría perdurable su memoria, que le ha sobrevivido y nos sobrevivirá.

No importan su cronología ni relaciones, este monumento, la estela más sencilla, elegante, perfecta y sintética de todas, que funde su exótico orientalismo con su silueta antropomorfa de raigambre europea, evoca al guerrero, héroe y poeta, y seguramente sabio, el ideal renacentista en la prehistoria. Quien la encontró se lo dijo a Guillermo Fatás, que la dio a conocer y que como este antepasado es sabio generoso, guerrero de la palabra y poeta.